

[RESEÑA]

Sobre *Las prácticas literarias del conflicto. Registro de Incidencias 1991-2010*, de Enrique Falcón (La oveja roja, 2010)

por Eva Fernández

El mundo de la cultura no es neutro, imparcial, ni está fuera del mundo. El mundo de la literatura es de este mundo, y en este mundo hay quien cobra y quien no, quien puede escribir y se siente con el derecho de hacerlo y quien para legitimar su voz, su propio deseo de contar, de expresarse, se tiene que desgarrar a pedacitos o no lo hace nunca, quizá no porque no quiere, sino porque no le dejamos, le dejan, se deja. Hay desde luego quien puede producir cultura cómodamente y a esa gente le paga quien tiene el dinero, que nunca es neutro tampoco; siempre sale de algún trabajo, de algún bolsillo, de alguna maniobra. Escribir han escrito y mucho los ególatras, los narcisistas, los distractores y los cursis, y bastante menos y nada, otras personas. En mi caso, yo quería escribir, lo necesitaba, para entender la vida, para actuarla... pero no quería hacerlo desde un yo entregado al mercado y sus valores apestosos.

«Hoy, nadie puede comprometerse con la literatura. Es poco más que un abrazo vacío». De ahí partimos, y parte Enrique Falcón, en su libro *Las prácticas literarias del conflicto: registro de incidencias 1991-2010* que aquí presentamos. Ahora bien, sigue Quique: «Nosotros reivindicamos un tiempo de excepción para la construcción de nuestros poemas». Y en cierta medida, Falcón y Antonio Orihuela y Jorge Riechmann —y bastantes más que constituyen esa comunidad— lo han creado. En parte porque no han escrito desde el yo («A estas alturas de nuestro tiempo, es un enorme error seguir considerando la literatura como un problema individual»), sino desde una comunidad poética.

A mí, que necesito escribir para querer el mundo y escribiendo logro quererlo, esa comunidad me ha permitido respirar. Son los poetas y las poetisas que se juntan entre otros lugares en las *«Voces del Extremo»*. Poetas con quienes resulta indicado aquello que otro de ellos, David Méndez, señalara al escribir «si definimos nuestras palabras como enunciaciones revolucionarias, no creo que podamos creernos que nuestra labor acaba en el punto final del poema».

Y en efecto no lo han hecho, porque estos poetas han convertido la literatura en un acto de ocupación cuya cartografía se presenta en «No doblar las rodillas». Un capítulo que recorre los actos de práctica de conflicto y de poesía en resistencia y que os invito a leer, como debe leerse este libro, como el buen poema político que también es y que por tanto «no se ciñe a la representación de un mapa.../...sino a la posibilidad de qué viaje podemos emprender».

Enrique Falcón es el mejor acompañante para quienes, dispuestas a asumir nuestra responsabilidad sobre la realidad y las ficciones con las que la recreamos, queremos emprender el viaje de conocer quienes, poseyendo nuestras ficciones, nuestras creaciones, poseen también nuestra realidad. «Teniendo ca-



si todas las palabras dueño, el propietario del concepto “evasión” (...) resulta ser siempre, de uno u otro modo, el propietario también de la realidad». Y continúa Falcón «una crítica insumisa a la institución literaria pasa como lugar central por la desentronización del artista para poder declararlo –definitivamente– productor, mediocre y culpable, ya que ningún texto suyo ha de ser inocente».

Así pues, de ahora en adelante juzguemos el cine de evasión de culpable de excitarnos, las novelas rosas culpables de entontecernos y las canciones ñoñas como culpables de ñoñería. No solemos hacerlo. Y yo creo que lo necesitamos. Si sí juzgamos a quienes especulan con nuestro dinero o nuestro voto, pues también a quien escribe nuestra poesía.

Y hace esto Quique partiendo a su vez de las encrucijadas que tiene que resolver ese nosotros al que él pertenece y desde el que escribe. «Nuestra voz es nuestra voz. Si no, no hay esperanza». Ahora bien, esa voz nuestra —y aunque nos lo atribuyan— no es la de los sin voz y según advierte él mismo «debería inquietarnos el hecho de que pueda decirse de nosotros que elevamos la voz de quienes viven en las cunetas de la historia». Esa voz nuestra es la de esa comunidad disidente a la que Quique pertenece, y yo misma creo pertenecer. Aunque aquí se abre para mí una encrucijada que considero tenemos como comunidad: ¿hasta qué punto nos basta con esta voz?, ¿acaso no debiéramos revolucionar suficientemente el sistema de producción y a nosotros y nosotras mismas como creadores, suicidándonos hasta el extremo de diluirnos para ser herramienta de lenguaje de quienes habitan en las cunetas? ¿No pasaríamos así de pequeña comunidad a legión?

Por ahí van en cualquier caso mis búsquedas, porque nada peor de este lugar de la comunidad que la autocomplacencia. En las presentaciones del libro que hemos compartido, organizadas por la editorial que se arriesgó a editar este libro, *La Oveja Roja*, Quique instaba a quienes asistimos a preguntarnos qué es imperioso decir hoy y cuáles han sido las prácticas literarias más eficaces para decir lo imperioso en estos veintitantos años. En el balance de este tiempo, Falcón señala que desde ese nosotros al que pertenecemos «no apuntamos, todavía, a una transformación radical de las cosas/ sino a una resistencia (...que es una transformación radical de las cosas)». Y respecto a esto —y recordando que a diferencia del optimismo, que «piensa que las cosas irán bien por sí mismas, la esperanza cree que vale la pena luchar por ciertos valores»— lo cierto es que Falcón concluye afirmando «¿quién dijo que nuestra esperanza habría de ser “pura”, “compacta”, ... o “nuestra”?».

Me pregunto si esta pregunta no deriva de que en estos años hemos podido poco más que resistir y si quizá por eso el autor reconoce su sueño de un poema «capaz de responder también a lo que Belén Gopegui, recuperando a Brecht, ha reclamado de la novela contemporánea: añadiéndole un estremecimiento, la posibilidad de ofrecer un informe sobre el mundo a una comunidad de hombres y mujeres capaces de transformarlo».

Y no puedo terminar sin retomar el cómo podrá ser nuestra esperanza, de dónde vendrá y si no habrá cambiado en los últimos tiempos y haber vuelto a ser nuestra. A este propósito vuelco una reflexión precipitada sobre lo que está pasando (y que quizá mereciera un epílogo). Ante todo, quiero celebrar que estamos desde el 15 de mayo tomando las plazas. Luego, asegurar que al movimiento 15M —o como lo vayamos nombrando en el futuro— han llegado y llegarán estas Prácticas, estos poemas que para mí han sido como las pancartas y cartelitos que estos días nos han llenado de lucidez plena. Gracias a la web del MLRS (Manual de Lecturas Rápidas para la Supervivencia) por ofrecérmolos. Y por último, me atrevo a preguntarme en voz alta si no será posible que esté cambiando la salud semántica de la sociedad y nos podamos convertir en legión, colectividad suficiente... No se trata de responder ahora. Sólo de considerarlo y seguir teniendo presente que «EN POESÍA POLÍTICA...No hagamos otra cosa que no podamos hacer en la calle».